

---

## El Convento de los Capuchinos en Cartago

### Un siglo de difusión del carisma franciscano

Guillermo Malavassi-Vargas\*

---

*"Y por la presente le encargamos la Iglesia de San Francisco de Cartago", le comunica el Dr. José Zamora, Vicario General de la, entonces, Diócesis de San José de Costa Rica, al cuidado de Monseñor Thiel, al Padre Capuchino Fray Fidel de Montclar, el 30 de diciembre de 1899.*

Hay una larga historia anterior, pero dejándola ahora de lado, el caso es que allí, junto a la Iglesia de San Francisco, los Capuchinos fundaron el Convento, el que este año cumple su primer centenario. Ese Convento llegaría a ser un punto de difusión misionera hacia el resto del país, hacia Panamá, Centro América y México, lugares a los que llegaron los Capuchinos, todos centros de irradiación de espiritualidad franciscana, y en donde reestructuraron el culto, formaron asociaciones piadosas que levantaron la calidad de vida de las gentes, reconstruyeron y construyeron templos, se entregaron sin reservas al bien del prójimo con una capacidad creativa que les demandaba inmensos esfuerzos humanamente inexplicables...

Los Capuchinos habían llegado a Costa Rica unos veinte años antes, por 1878, y vivieron en algunos lugares donde fueron bien acogidos. Para los cartagineses la obra de San Francisco de Asís era conocida, puesto que desde hacía tres siglos los Padres Franciscanos habían evangelizado esta provincia del Reino de Guatemala y hasta mártires de esa benemérita Orden habían santificado estas

---

\* Catedrático por treinta y cuatro años de Historia del Pensamiento, ex Ministro de Education de Costa Rica, ex Diputado, cofundador de la Universidad Autónoma de Centro America, Rector de ella desde su fundación en 1976; autor de varios libros e innumerables artículos; Comendador de la Orden Civil de "Alfonso El Sabio"; Grand' Ufficiale Dell' Ordine al Mérito Della Repubblica Italiana; Oficial en la Orden de las Palmas Académicas de la République Française; **Galardón Democracia y Libertad**, Cámara de Comercio de Costa Rica (1990); Académico Honorario de la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas.

tierras. Pero la rama franciscana de los Capuchinos hizo su presencia en Costa Rica a fines del siglo XIX y poco a poco esta nación fue conociendo y venerando profundamente la austera figura del Capuchino...

El terrible error humano de perseguir a la esposa de Cristo, la Iglesia, en que han incurrido gobernantes y corrientes diversas de pensamiento a lo largo de los siglos, había aparecido en Centro América y también Costa Rica, independiente desde 1821, había sufrido que su propio gobierno, a lo largo de ese siglo XIX, practicara el anticlericalismo, con toda dureza, movido por la masonería y el liberalismo panterista provenientes de Guatemala y, remotamente, de la revolución francesa y del filosofismo que la acompañó. Los obispos y las órdenes religiosas solían ser las víctimas propicias.

Hacia mediados del siglo XIX el gobierno Federal Centroamericano suprimió las órdenes religiosas en Centro América. Ello obligó a los franciscanos, que habían hecho tanto bien desde la época colonial, a irse de esta nación costarricense, quedándose algunos de ellos ancianos en Cartago, en espera de que el Señor los llamara a su Casa. A fines del siglo XIX fue expulsado el gran obispo Thiel y los Padres jesuitas; había sido cerrada la única universidad que había en esta nación y clausurado el mejor colegio de Centro América, el San Luis Gonzaga, situado en la Ciudad de Cartago, junto con otra serie de medidas anticlericales, todo por hacer daño a la Iglesia Católica... De los Franciscanos quedaron sus buenas obras, las edificaciones y el recuerdo de su gran espíritu misionero...

Franciscanos, Conventuales y Capuchinos son ramas de la misma inmensa familia de religiosos fundada por Francisco de Asís.

Los Capuchinos, así llamados por la *capucha* que usaban, son reconocidos por la denominación *Ordo Fratrum Minorum Capuccinorum*, que se abrevia así: *O.F.M. Cap.* y que significa Orden de los hermanos menores capuchinos. Ellos se comprometen a una santificación personal mediante la vivencia del Evangelio, según la pauta trazada por S. Francisco, y a la propagación del Reino de Dios mediante el despliegue de múltiples y variadas formas de apostolado.

El Papa Clemente VII aprobó la iniciativa de crear los Capuchinos el 3 de julio de 1528. La Orden de los Capuchinos creció rápidamente por toda Europa y el mundo. En 1671 contaba con 35.000 religiosos esparcidos por toda la tierra, 64 provincias, 1760 residencias, 300 centros misionales. La Revolución francesa y sus secuelas atropelló a la Orden. En España fueron suprimidos los capuchinos en 1809. Se restablecieron a partir de 1814, pero en 1835 sufrieron los efectos de la supresión de las órdenes religiosas. La restauración comenzó 42 años después, en 1877. A partir de entonces la Orden comenzó su nueva fase de crecimiento y servicio.

Estas persecuciones solo ponen de manifiesto que el discípulo no es mayor que su Maestro y que si a Jesús lo persiguieron, Él mismo advirtió a quienes lo iban a seguir que serían perseguidos, lo que a la luz de la fe es una bendición. Y así ha ocurrido y así seguirá ocurriendo a lo largo de los siglos. Por ello los auténticos discípulos de Jesús saben reconocer, en la persecución injusta de que son objeto, que van siguiendo las huellas del Maestro...

Llegaron entonces los Capuchinos a nuestra nación cuando empezaba la Restauración de su Orden y en 1899 fundaron el Convento de Cartago, lo cual resolvía diversas cuestiones de organización eclesiástica y del debido respeto al carácter de orden exenta de ciertas vinculaciones de la organización diocesana, para poder actuar de conformidad con las disposiciones eclesiásticas que le permite libertad de acción para cumplir su tarea apostólica.

Hablar de los Capuchinos lleva a recordar a quien, después de Jesús, es su guía: S. Francisco de Asís. Francisco escribió poco. Pero actuó con una notable riqueza de acciones simbólicas. El carisma

de Francisco, que es un don del Espíritu Santo, fue netamente profético. Él lo vivió con entera fidelidad y es el que inspira a sus diversos seguidores desde hace ocho siglos: es la exigencia apremiante de renovación interior de la Iglesia mediante la conversión continua que comporta un gran espíritu de penitencia; es volver a los aspectos vitales, esenciales del Evangelio (profetismo renovador, que anuncia y denuncia sobre todo con el ejemplo de vida); se realiza en fidelidad a la norma eclesial de la fe y en sincera sumisión al Papa y a los Obispos.

Ese carisma lleva a una comunión activa con los misterios de la Pasión y Resurrección de Cristo y a una unión fraterna de los seres humanos entre sí y con Dios, en una perfecta subordinación a Dios a fin de volver a encontrar la armonía perdida por el pecado, que separa a los hombres de Dios y a ellos entre sí. Le son esenciales al carisma de Francisco y de sus seguidores el buscar de todo corazón la entrega a Dios, Bien supremo, Padre Amoroso y providente, Señor Magnánimo, mediante la conversión interior, la oración incesante, la adhesión amorosa a Cristo crucificado, que lleva a identificarse interiormente con Él, a imitarle fielmente, a la aceptación integral de su Evangelio como lo da a entender el Espíritu Santo y bajo la guía de la Iglesia.

Ese carisma lleva, así, a un amor transformador a Jesucristo derivado, sobre todo, de la contemplación de los misterios en que mejor revela Él su amor a los hombres: Belén, la Eucaristía, la Cruz. De aquí deriva la valoración y adopción de tres actitudes fundamentales, como respuesta esencial amorosa al Crucificado: la pobreza, la humildad y la caridad fraterna, actitudes liberadoras de la esclavitud del apego a los bienes pasajeros, de la soberbia y del egoísmo, propias del hombre viejo que ha de ser redimido. Pobreza y humildad casi se identifican; el amor está hecho de pobreza y humildad y se dirige preferentemente a los pobres y humildes; la pobreza y la humildad hallan en el amor su plena justificación y el modo adecuado de practicarlo.

Cristo es el ideal de la existencia. El deseo supremo del alma es identificarse con él por amor hasta llegar a participar, en cuanto sea posible a una criatura humana, de la pasión que Él abrazó por nosotros, viles pecadores, buscando actualizar

visiblemente el destino cristiano de participación en la cruz. Los hombres son todos hermanos, hijos de Dios, por quienes murió Cristo; por ello, a quienes se ha dado vivir conforme con el carisma de Francisco, se entregan al servicio de sus hermanos con absoluto desinterés, en la acción, en la plegaria, en la inmolación: la salvación del prójimo es suprema ansia de su alma. Pero toda persona ha de ser considerada con humildad, con amor: por ello se ha de respetar su libertad y su personalidad, teniendo en cuenta el sentido de responsabilidad personal: respeto hacia el que piensa diversamente, hacia el que se equivoca. Las personas libres y responsables no degeneran en desorden, porque el amor fraterno los unifica en Cristo y los lleva a someterse y a servirse unos a otros. Por ello, estando formada la Orden tanto de sacerdotes como de hermanos legos, todos tienen idénticos derechos y deberes, excepto los derivados del carácter sacerdotal.

*El carisma de Francisco* fomenta personalidades intuitivas, originales, frescas, creativas, no deformadas por esquemas implacables. De estas tres virtudes, pobreza, humildad, caridad fraterna, brotan la sencillez, que es candor sapiencial, sinceridad y rectitud interiores para con Dios, el prójimo y uno mismo; desprecio de la vanagloria, odio a la simulación y a la hipocresía; nace la primacía del amor y de la acción sobre el conocimiento: se conoce para amar y tanto se sabe cuánto se obra. Todo ello da al alma un recto sentido de la significación del universo creado y de la actividad del hombre en él: todas las criaturas son hermanas, expresiones de la bondad y hermosura divinas y todas sirven de medio para conocer y amar a Dios y para lograr su reino de amor fraterno en la tierra.

Ser consecuentes con el carisma de Francisco, propio de los Capuchinos, los lleva al retorno más radical a la primitiva sencillez evangélica: práctica de la oración en el retiro conventual, oración que procuran llevarla hasta la contemplación; práctica de la pobreza imbuida de suave austeridad y renuncia a lo superfluo; grande amor a Dios y al prójimo y a todas las criaturas; práctica de las devociones a Jesús crucificado y eucarístico, a María santísima en el privilegio de su Inmaculada Concepción, a la que los capuchinos han agregado el título de Divina Pastora

de las almas. En su práctica apostólica prevalece la predicación de sencillez evangélica, moralizadora y adaptada a las necesidades y exigencias de los fieles.

Eso todo junto ha significado la erección del Convento de los Capuchinos en Cartago a partir de 1899 y desde entonces hasta este año, en que se cumple el centenario de su presencia en ese Convento, los Capuchinos que aquí han estado, que aquí han efectuado su apostolado, los que ya se marcharon a la Casa del Padre, los que aquí están en sus últimos días por la ancianidad, lo mismo que los más jóvenes y los de edad adulta llena de vigor, todos dependieron en algún momento del Ecuador; a partir de 1906 de la Provincia de Cataluña: las entrañas católicas de España siempre han sido generosas en el apostolado por todo el mundo. Y hace unos cuantos años fue creada la Viceprovincia de Centro América Nuestra Señora de la Esperanza, en cuya jurisdicción ha quedado el Convento de Cartago; también hay ahora más Capuchinos provenientes de Costa Rica y de otros países centroamericanos: gran aportación al bien de los creyentes de esta nación. Esa presencia capuchina por tanto tiempo es lo que explica la admirable vivencia del espíritu de Francisco de Asís en toda esta nación costarricense, porque su apostolado se ha extendido por Guanacaste, Puntarenas y las demás provincias (Téngase presente, como ejemplo sobresaliente, la obra admirable que la Providencia realizó, sobre todo, en Puntarenas, a favor de tantos niños abandonados, mediante el hermano lego Fray Casiano de Madrid y su Hogar de Montserrat).

Estos Capuchinos han predicado Misiones comenzando, en lo que atañe al Convento de Cartago, con la Misión General con motivo del cambio de siglo, que se extendió desde la Navidad del año 1899 hasta la última noche del siglo XIX, misiones que han levantado nuevas vidas en muchos hogares de muchos lugares a todo lo largo de este siglo; difundieron desde su imprenta, fundada en 1904, valiosa literatura; allí se editó el famoso Heraldo Seráfico; han atendido el Asilo de Ancianos; promovieron el buen teatro en sus instalaciones; la Asociación Coral Cartaginesa contó con todo su

respaldo; las magníficas procesiones sobre todo de la Semana Santa proyectaron de manera penetrante en la vida de la Ciudad de Cartago todo el admirable sentido de la triste suerte del hombre alejado de Dios y la grandeza de la Redención; los sacerdotes diocesanos han hallado gran alegría en poder contar con la colaboración de alguno de los Padres Capuchinos en sus tareas de cura de almas; su fama de ser grandes confesores se ha mantenido por todo el siglo: desde el confesonario no solo absolvieron en ese estrado de la misericordia, sino que oraron por los penitentes y aconsejaron contribuyendo a enderezar descarriados para que siguieran a quien dijo *Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida*; los actos de culto en la Iglesia de los Capuchinos y su generosa atención a las necesidades espirituales y materiales de la región bajo su influencia constituyen raíces profundas del alma nacional.

Los Capuchinos estuvieron participando activamente con todo el pueblo cartaginés en las horas dolorosas del terremoto de 1910; en las horas aciagas del terrible incendio de 1919 que destruyó otra vez la ciudad de Cartago; con los soldados que marcharon a la guerra con Panamá en 1921 y así sucesivamente hasta hoy. Han sido los ángeles custodios de la ciudad de Cartago. Por ello pudo manifestar el Padre Agustín de Artesa, Capuchino artífice de la reconstrucción de Cartago *"Después de Dios se debe a los Capuchinos el que hoy exista la Ciudad de Cartago"*, dicho ello sin demérito de tantos otros que pusieron todo su empeño en esa tarea. En la obra *Historia de los Capuchinos en Centro América* de Fray Gregorio Smutko y Fray José María Clarasó Marfá, editada en Guatemala en 1993, que consta de 145 densas páginas, se recuerda, con relación a los días espantosos que siguieron a la destrucción de Cartago por el terremoto del 4 de mayo de 1910, lo siguiente: *"Si los hermanos acompañaron a los cartagineses en la prosperidad, con más razón estuvieron a su lado en los momentos difíciles; prácticamente fueron los únicos que de casa en casa, día y noche, acompañaron a las víctimas desoladas del terremoto; como franciscanos su misión era estar*

*al lado del pueblo consolando y animando para la reconstrucción, como verdaderos hijos de la vida"*. Ellos llevaron viento y lluvia por meses, en la choza que levantaron con escombros, tanto para estar cerca de todos los que sufrían como para esperar la reconstrucción que llegó al año siguiente...

Aunque al presente no usan el hábito como durante algo más del primer medio siglo en esta nación, aún se conserva la memoria del paso de los hermanos Capuchinos: con largo y austero hábito color café, ceñido en la cintura con el blanco cordón, llevando sandalias sin medias, con el amplio cerquillo en su cabeza, con su luenga barba, frailes que han sido símbolos vivientes de la entrega enseñada por el Pobrecillo de Asís al cumplimiento del carisma con que el cielo lo privilegió a él y, de alguna manera, a todos sus seguidores. En un siglo de vida conventual en Cartago nunca un escándalo lesionó la alta estima en que esa porción de la Iglesia ubicada en la Ciudad de Cartago y en muchos lugares vecinos, se ha visto acompañada por la vida entregada al ideal religioso y a las tareas apostólicas de los Padres Capuchinos.

La Iglesia prodiga bienes de incomparable valor como sacramento de salvación de los hombres. De su seno de Madre surgen a lo largo de los siglos iniciativas que son la solución a los problemas que debe enfrentar. Francisco de Asís fue el regalo de la Providencia a la Iglesia en el momento en que más falta hacía y sus seguidores, entre ellos los Frailes Capuchinos, han alargado por siglos el don precioso de saber seguir las huellas del Maestro y contribuir a la salvación de los hombres, impregnando de gracia, de bien y de belleza toda su imponderable obra apostólica. Cartago, y con esta Ciudad Costa Rica, tiene contraída una deuda de gratitud con el Convento de los Capuchinos, punto admirable de irradiación del carisma de Francisco.

Agradezco al Dr. D. Franco Fernández Esquivel la bibliografía que me facilitó para efectuar este trabajo.

Montes de Oca, Domingo 16 de mayo de 199S